

CHE

PIERRE KALFON

CHE

Ernesto Guevara,
una leyenda del siglo XX



Pierre Kalfon

Che : una leyenda del Siglo XX . - 1a ed. - Buenos Aires : Edhasa, 2010.

598 p. ; 15,5x22,5 cm. - (Biografías)

ISBN 978-987-628-106-5

1. Guevara, Ernesto. Biografía.
CDD 921

Diseño de colección: Jordi Sábat

Primera edición: octubre de 2010

© Pierre Kalfon, 1987, 2010

© Edhasa, 2010

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.net>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-106-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Kalifon S.A.

Impreso en Argentina

Para Pierre
Para Anne
in memoriam

Comencemos apartando los hechos para fijarnos sólo en las cosas serias:
las leyendas.

RÉGIS DEBRAY

¿Quién lo mató?

Podríamos mejor preguntarnos: ¿quién liquidó su ser físico?

Porque la vida de los hombres como él tiene su más allá en el pueblo.

Lo mató el enemigo... y lo mató su carácter. Camilo no medía el peligro, lo utilizaba como una diversión, jugaba con él, lo toreaba, lo atraía y lo manejaba; en su mentalidad de guerrillero no podía una nube detener o torcer una línea trazada.

No vamos a encasillarlo para aprisionarlo en moldes, es decir, matarlo.

ERNESTO CHE GUEVARA

Sólo los detalles son interesantes.

THOMAS MANN

Índice

“Yo soy el Che Guevara...”	13
----------------------------------	----

Primera parte

“Nuestra América mayúscula”

1. Un asmático impaciente.....	17
2. El hombre de las sandalias de viento.....	73
3. La mutación radical	113

Segunda parte

Cuba, un largo lagarto verde

4. Sierra Maestra: el olor de la pólvora.....	163
5. La revolución como una sandía.....	239
6. En busca del hombre nuevo.....	317

Tercera parte

Otras tierras del mundo...

7. “Tatú” en el Congo.....	425
8. Una temporada en el infierno	471
Réquiem por Ernesto Guevara.....	561
Bibliografía	571
Agradecimientos	583

“Yo soy el Che Guevara...”

El capitán de rangers Gary Prado no sale de su asombro. Al fondo de ese barranco perdido en el sur de Bolivia, sobre aquel montón de piedras cubiertas por las zarzas está el guerrillero más buscado del continente, el más temido, el que hizo poner el país en estado de sitio. Dos soldados están apuntándole.

Se lo ve agotado. Su ropa verde olivo ya no tiene color. Está sucia, embarrada, andrajosa; una pobre chaqueta azul con capucha se abre sobre una camisa hecha jirones a la que sólo le queda un botón. Tiene el aspecto de un bandido. Un altímetro pende de su cuello. Rezuma un fuerte olor, una mezcla acre de tabaco y sudor. Barba, bigote, melena polvorienta y enmarañada le devoran parte del rostro. Pero bajo la gorra de un verde bronceado, los ojos siguen brillando. “Su mirada era impresionante”, anota Gary Prado que, de momento, finge no dar importancia a la espectacular revelación.

Son aproximadamente las tres de la tarde de aquel domingo 8 de octubre de 1967. Amanecía apenas cuando un campesino corrió al pueblo de La Higuera para alertar al ejército. La mañana era muy helada. Pero ahora el sol calienta y, a mil quinientos metros de altura, el cielo está límpido. A lo lejos, en el cañón todavía resuenan disparos. La escaramuza de la Quebrada del Churo se inició ya desde hace cuatro horas. Encarnizada.

En el tiroteo, tres balas alcanzaron a Guevara sin herirlo realmente. Una agujereó su gorra, otra dejó inutilizable el cañón del fusil en el que se apoya. La tercera penetró en la parte baja de la pantorrilla derecha. No lleva zapatos. Sus pies están envueltos en trapos de cuero burdamente cosidos a mano. Un hilillo de sangre corre por su tobillo.

“Yo soy el Che Guevara”, repite con voz firme.

El capitán consulta los retratos de los guerrilleros, de los que van bien provistos los rangers. Acaba de terminar con sus hombres cinco meses de entrenamiento intensivo. Boinas Verdes americanos, expertos en combate antiguerrilla, veteranos de Vietnam, vinieron especialmente del campamento de Fort Braga y de Panamá para completar la instrucción de las tropas bolivianas. El mismo Gary Prado ha seguido los cursos de “inteligencia” que la CIA reserva a los oficiales.

Los retratos, de un gran parecido, fueron realizados por un guerrillero improvisado, el dibujante argentino Ciro Bustos, a quien Guevara había convocado a Bolivia para que se les uniera. Detenido seis meses atrás a ciento cincuenta kilómetros de allí, junto al francés Régis Debray, cuyo proceso en Camiri provoca revuelo en el mundo, el argentino se apresuró a contarle todo y mucho más. Incluso plasmó con delatora precisión los rasgos de cada uno de los integrantes de la guerrilla.

Prado lo comprueba con atención. Las protuberancias características de los arcos superciliares dejan pocas dudas, y para despejarlas del todo le pide al prisionero que muestre el dorso de su mano izquierda. Allí está la cicatriz. Efectivamente, es el Che.

Acaba de capturar una leyenda...

Primera parte

“Nuestra América mayúscula”

Un asmático impaciente

Durante mucho tiempo se acostó temprano. No por esnobismo proustiano, sino a causa de una salud frágil desde que llegó al mundo: neumonía a los dos meses y, a los dos años, primeros síntomas de un asma pertinaz que ya nunca lo abandonará.

Desventura fundamental, esa asma que él combatirá durante toda su vida, forjando su voluntad “con delectación de artista”, constituye una clave esencial para comprender tanto los fulgores de la existencia de un ser excepcional como las tribulaciones que acarreará para su familia.

Ernesto Guevara de la Serna nace, “oficialmente”, el 14 de junio de 1928, en Rosario de Santa Fe, Argentina. Casi por casualidad. Por aquel entonces, Rosario es el gran puerto cerealista de la Pampa húmeda, sobre el Paraná que, doscientos kilómetros más abajo, forma con el río Uruguay el inmenso estuario del Río de la Plata, dominado por Buenos Aires, la capital de Argentina.

Sus padres viven desde hace algunos meses una aventura fantástica, como sólo puede emprenderse cuando se es joven, enamorado y un poco loco. El padre, Ernesto Guevara Lynch, tiene veintisiete años. Es apuesto y conversador. De mirada vivaz detrás de las gafas, sombrero blanco y pajarita; ha interrumpido sus estudios de arquitectura en Buenos Aires para raptar, como en las novelas, a una hermosa y rica huérfana de veinte años, de rostro alargado y cabellos negros, llena de energía: Celia de la Serna de la Llosa. Es la menor de siete hijos, cuyos padres –alta burguesía patricia– murieron cuando ella era muy joven.

Recién graduada del elegante colegio francés del Sagrado Corazón, de Buenos Aires, Celia era muy piadosa, hasta el punto de martirizarse colocando cuentas de vidrio en sus zapatos.¹ Incluso pensaba tomar los hábitos para ir al cabo de sus convicciones cuando conoció al apuesto Ernesto, un joven decidido, emprendedor e inconformista. Flechazo recíproco y deliberada decisión de ambos de infringir la oposición de los hermanos mayores de Celia; esto es, casarse sin aguardar más (9 de noviembre de 1927) y partir de inmediato al fin del mundo.

En el fin del mundo, los trópicos

El fin del mundo no es aquí una figura retórica. Significa, a mil doscientos kilómetros de Buenos Aires, la provincia subtropical de Misiones, en la punta del nordeste argentino. Un territorio que penetra como una cuña hasta las impresionantes cataratas del Iguazú, entre Brasil y Paraguay, entre el río Paraná y el río Uruguay. Marcado por los dos ríos-frontera, el nombre de Misiones recuerda que en dicha región cálida y húmeda, durante un siglo y medio, hasta su expulsión en 1767, los misioneros jesuitas intentaron evangelizar a los indios guaraníes. Antes de que Roland Joffé rodara la película *La misión*, Voltaire envió allí a su Cándido y el botánico francés Aimé Bonpland vivió también allí casi cuarenta años, fascinado por la extraordinaria riqueza de la vegetación.

Herederero de una pequeña parte de un patrimonio paterno compartido con once hermanos y hermanas, el recién casado ha comprado doscientas hectáreas cerca de Puerto Cuaraguatay, a orillas del Paraná. Instalará allí un *y herbal*, una plantación de esa yerba mate, de acre sabor, que tanto gusta a los argentinos, que la toman en infusión sorbiéndola por una “bombilla” de una pequeña calabaza, llamada mate. Allí se coloca la yerba, regada con agua muy caliente.

Desde la época colonial, el mate sirve en Argentina para compensar los excesos de una alimentación esencialmente carnívora. La yerba en cuestión (que de hecho procede de un arbusto) podía dejar pingües beneficios y justificar una “fiebre del oro verde” en un tiempo en que la Coca-Cola aún no había invadido el mercado. Pero era preciso saber administrar este tipo de empresa. Y esa clase de talento no era la principal virtud del señor Guevara.

En aquella selva de pioneros, donde los propietarios dictan la ley, se negó, alardeando de ideas socialistas, a tratar como simples bestias de carga a una mano de obra sometida al patrón por impagables deudas. En vez de pagar a los peones en especie, como solía hacerse –víveres o materiales valorados al precio más alto–, se empeñaba en pagar en dinero contante y sonante a sus jornaleros –a menudo ex presidiarios–, por lo que pronto fue tachado de comunista por los acaudalados de la región y nunca consiguió hacer fortuna. Veinte años más tarde, la plantación sería vendida con cierta pérdida económica.

Hay en Guevara Lynch una ingenuidad generosa y obstinada que marcará a su progenie, una faceta *Bouvard y Pécuchet* siempre dispuesta a experimentar una nueva mejora: “Para sacar partido de mi plantación, tenía que completar el proceso instalando un molino para trabajar la yerba, empaquetarla, vender el producto terminado. No lo conseguí porque era necesario invertir demasiado dinero”.²

No importa. Cuando se acerca para Celia el momento de dar a luz a su primer hijo, los dos jóvenes emprenden por el río –una semana de navegación– el camino hacia Rosario, un puerto fluvial sobre el Paraná de lo más útil a los estancieros para exportar los productos de la llanura pampeana. En Rosario vive un

primo del padre que es médico. Va a ayudar a que el bebé nazca lo más discretamente posible el 14 de mayo de 1928.

Dar a luz a los seis meses de casada hubiera revelado que Celia estaba embarazada antes del matrimonio. De manera que, para evitar este pequeño escándalo y salvaguardar las apariencias, idearon la ficción de un parto prematuro a los siete meses, o sea, el 14 de junio, fecha que consta en la partida de nacimiento. Pocos días antes de fallecer en 1965, Celia de la Serna confesó el subterfugio a una amiga periodista, Julia Constenla.³

Llamaron al niño Ernesto, igual que su padre, y, para no confundirlos, todo el mundo le dirá Ernestito y los íntimos *Teté*.

Al sur del ecuador, donde las estaciones están invertidas con respecto al hemisferio norte, junio es un mes de invierno. El frío (de 8 a 10 grados centígrados) nunca es realmente intenso, pero en Rosario, como en todas las regiones cálidas o que creen serlo, la calefacción se considera un lujo inútil. El recién nacido contrae una bronconeumonía. De Buenos Aires acuden para ayudar al enfermo y a su madre las dos hadas buenas de la familia paterna, que marcarán intensamente, con su ternura y su solicitud, la infancia y la adolescencia del muchacho: la tía Beatriz y la abuela, Ana Isabel Lynch.

Más tarde, cuando el niño se ha restablecido y ha sido debidamente presentado en Buenos Aires al resto de la familia, regresó al pegajoso calor y los grandes espacios de Misiones. “Fueron años difíciles pero muy felices”,⁴ escribirá el padre, evocando el período que siguió al nacimiento de Ernesto en aquel territorio de pioneros. Merced a sus conocimientos de arquitectura, Guevara Lynch había hecho edificar, siguiendo sus propios planos, una gran casa de madera sobre pilotes, en la cima de una colina que domina un recodo del Paraná, que tiene allí una anchura de seiscientos metros. La construcción, anotará no sin orgullo, resistió varios huracanes terribles.

En la obra, valiosa pero inevitablemente hagiográfica, que consagró al final de su vida a *Mi hijo, el Che*, el padre no oculta las dificultades de la vida en una región infestada de mosquitos y de toda clase de insectos. Cuenta, por ejemplo, que cada anochecer, durante media hora, Curtido, el capataz y mayordomo, iba a extirpar delicadamente, de las uñas del pie del niño, minúsculas garrapatas —llamadas *piques*— al calor de una brasa de cigarrillo y por medio de una fina aguja de oro. Muy elegante. Pero el tono del relato, a lo *Pablo y Virginia*, de esa primera época de la vida familiar es sobre todo el del asombro ante el carácter poderoso y fascinante de “una fauna y una flora maravillosas”: selva virgen impenetrable y mágica, loros cruzando el cielo en ensordecedoras bandadas, yacarés, jaguares, osos hormigueros... Ernesto padre lleva a Ernesto hijo a pasear en barco por los afluentes del Paraná, corrientes de agua silenciosas, como invioladas desde los indicios de la humanidad; o lo planta en la silla de su caballo para pasear juntos por la hacienda... La felicidad.

A finales de 1929, nuevo embarazo, nuevo viaje hacia la “civilización” a bordo, esta vez, de un barco de ruedas prehistórico que concluye en el Paraná una laboriosa carrera iniciada en el Nilo egipcio.

Cuando los Guevara, con Ernestito en brazos de Carmen, su nodriza española, una sólida gallega procedente de La Coruña, abandonan la gran casa a orillas del río, ignoran que nunca volverán a vivir en aquel universo maldito para algunos, como un “infierno verde”, pero que para ellos fue idílico.

Por breve que fuera —apenas año y medio de la vida de Ernestito—, aquel episodio “misionero” subtropical marcó su imaginación, como la de sus cuatro hermanos y hermanas. Desde entonces sus padres se refirieron a él con todos los embellecimientos y pequeñas exageraciones propios de los recuerdos felices. Y también porque durante mucho tiempo el *yermal* de Misiones, a pesar de su rudimentaria administración, fue importante para los recursos financieros de la familia.

El niño que tirta

En San Isidro, aristocrático barrio de las afueras de Buenos Aires, a orillas del Río de la Plata, se producirá el hecho cuyas consecuencias sobre el camino de la vida de los Guevara nadie imagina aún. El primer ataque de asma de Ernestito.

El padre, ocasional copropietario de un astillero muy próximo, había sido llamado para sustituir a un socio desfalleciente. Sin renunciar por ello a la plantación de Misiones, la familia se instala por algún tiempo en San Isidro, en una agradable mansión alquilada a unos cuñados. Tras los senderos de la selva del Alto Paraná, abiertos a machetazos, llegan el césped de jardín inglés, las rastrilladas avenidas del “Neuilly” de Buenos Aires, los paseos por el inmenso delta en el pequeño yate de doce metros y cinco literas que Guevara Lynch se ha hecho construir; en realidad, un regreso al acomodado estilo de vida de la buena sociedad aristocrática de la que la pareja, pese a todo, forma parte.

Celia de la Serna, la madre de Ernesto, había dado pruebas, como se ha visto, de un carácter decidido al unir su destino al de aquel “aventurero” Guevara Lynch, acompañándole en su sueño de plantador tropical. Pero su verdadera independencia de espíritu, su profunda rebelión contra las buenas maneras de un estilo de vida impuesto por su clase social, las manifestaba en su comportamiento cotidiano.

Carmen Córdova, prima hermana de Ernestito, recuerda ciertos comentarios de su madre, Carmen de la Serna, referentes a su hermana, la tía Celia: “Fue una de las primeras mujeres que se cortó el pelo a la *garçonne*, que fumó en público, que se atrevió a cruzar las piernas en un salón, que condujo un coche, que tomó el avión. Había ido a Francia”.⁵ Esa modernidad se traslucía también en su

marcada afición por el deporte, especialmente la natación, cuando las mujeres no solían ser grandes nadadoras. Entrenada por sus hermanas desde muy pequeña, Celia “cubría mil metros sin ninguna dificultad”.⁶

La mañana del 2 de mayo de 1930, va con su hijo a nadar al río, en el muy selecto Club Náutico de San Isidro, cercano a su casa.⁷ Es otoño. El aire fresco anuncia la *sudestada*, un agrio viento procedente del sur, de las heladas altiplanicies de la Patagonia. Celia no se preocupa, la hermosa y decidida muchacha de veintitrés años quiere recuperar su silueta tras el nacimiento, cuatro meses antes, de la pequeña Celia, llamada Celita. Le ruega a Ernestito, que tiene casi dos años, que la espere como un niño bueno en la playa de arena gris. Cuando el padre va a buscarlos a la hora de comer, la madre sigue nadando, pero el niño, transido, en bañador todavía, tiritita. Aquella noche, Ernesto Guevara de la Serna tuvo su primer ataque de asma. Terrible. Su entrecortada respiración sume a los padres en una angustia que roza el pánico. Se inicia, en palabras del padre, “lo que fue para nosotros una especie de maldición... nuestro vía crucis”.

El asma que desde entonces acompañaría la existencia de Ernesto Guevara es una dolencia compleja. No se trata, hablando con propiedad, de una enfermedad sino tal vez de mucho más. François-Bernard Michel, profesor de clínica de las enfermedades respiratorias, la califica de “enfermedad” extraña, insistiendo tanto en las comillas como en la extrañeza.⁸ Se la describe como la imposibilidad, en un momento dado, de expeler el aire contenido en los bronquios.

Los asmáticos ni siquiera pueden apagar una vela soplando. “La crisis vespertina o nocturna es una manifestación esencial. Es un ataque de ahogo que la cerrazón de los bronquios lleva al paroxismo. Esa crisis remeda, de modo dramático y repetitivo, la muerte por asfixia.”⁹ El novelista Raymond Queneau, asmático también, hace decir a uno de sus personajes: “Es un ahogo que empieza por abajo, una asfixia torácica, un aro de tonel respiratorio”.¹⁰ Los bronquios, al reducir su calibre, “hacen para el soplo de los pulmones el efecto de una boquilla de flauta. La expiración se hace sibilante... Ese lamento agudo, doloroso y monótono se convierte en el único lenguaje del asmático sentado en su cama, cubierto de sudor, lívido, incapaz de hablar”.¹¹

Por impresionante que resulte, el proceso del asma es hoy bien conocido. Se sabe el “cómo”, aunque sigue siendo válida la pregunta que rebasa la simple explicación fisiológica: ¿por qué unos bronquios, cuya función es permanecer abiertos para que pase el aire, acaban cerrándose? “Esta cuestión me preocupa —reconoce el facultativo—. Consagrar mi actividad a esos pacientes sin percibir la auténtica naturaleza de su dolencia ha acabado resultándome insensato e insoporrible. En el fondo, ¿cuál es la causa profunda del asma?”¹² Toda la obra del profesor Michel pretende ofrecer elementos de respuesta, no necesariamente aplica-

bles al caso de Ernesto Guevara, pero sí orientativos. El asma parece ser una especie de “llanto de angustia inhibido”. Proust indicó que su asma se debía al temor de perder el afecto materno.¹³ ¿Debemos concluir por ello que, en el pequeño Ernestito, abandonado por su madre en la playa de San Isidro, la reacción fue del mismo orden? ¿Diremos que se venga de la atención consagrada a su hermana menor, Celia, recientemente aparecida en el panorama afectivo de la familia? Tal vez la explicación fuera algo pobre. Tan sumaria como afirmar, sin más, que se trata de un fenómeno “psicosomático”. Lo que puede postularse, asegura el médico, es que “ese síntoma pone de manifiesto un sufrimiento que, al no poder decirse (o escucharse), se expresa en el lenguaje doloroso y sonoro de la obstrucción de los bronquios”. Sigue siendo cierto que, al despertar el temor de la muerte inminente, “el asma es probablemente el síntoma más ansiógeno: esta inquietud se convertirá en la obsesión del asmático, con la angustia de la tarde y la noche, el hándicap de toda una vida, que le convierte en un ser diferente”.¹⁴ Advirtamos simplemente, con prudencia, que Guevara de la Serna fue, toda su vida, un “ser diferente”.

Los padres, por su parte, están aterrados. “No podíamos oírlo hipar y no habiendo atendido jamás a un asmático, mi mujer y yo nos desesperábamos.”¹⁵ Porque el asma da miedo. Pero se empeñaron en combatirlo por todos los medios conocidos en aquella época, consultaron con todos los médicos, probaron todos los recursos: radiografías, análisis, nebulizaciones, jarabes. En vano.

Ernesto se iba desarrollando con ese terrible mal encima y su enfermedad comenzó a gravitar sobre nosotros. Celia pasaba las noches espionando su respiración. Yo lo acostaba sobre mi abdomen para que pudiera respirar mejor y, por consiguiente, yo dormía poco o nada.

Cuando Ernesto apenas comenzaba a balbucear alguna que otra palabra, decía ‘papito, inyección’ en el momento en que el asma se le acentuaba. [...] los niños tienen terror al pinchazo y él, en cambio, lo pedía porque sabía que era lo único que le cortaba los accesos.

Para las personas sensibles, tener que soportar casi a diario ver sufrir a un hijo con un mal que, aunque no era grave, era casi continuo, es algo que destroza los nervios. Nunca pude acostumbrarme a oírlo respirar con ese ruido particular de maullidos de gato que tienen los asmáticos.¹⁶

Para huir de la humedad de San Isidro, provocada por la proximidad del río, los Guevara alquilan un apartamento en uno de los barrios elegantes de Buenos Aires, en las lindes del bosque de Palermo. Multiplican sus permanencias en el campo, en las acomodadas propiedades, las *estancias* (haciendas), que la abuela, la familia y los amigos tienen en la pampa, en los alrededores de la capital. Sin

resultado. Ernesto juega, ríe, crece lentamente. Pasará largos meses en casa de su tía Beatriz y en la de su abuela Ana Isabel, bañado en ternura. Una amplia iconografía nos muestra una infancia de niño rico: poni, bicicleta, pequeño automóvil, niñera cariñosa.¹⁷ En esa época no es frecuente disponer de una cámara. Pero el padre filma la felicidad de aquellos días de vacaciones. Pueden verse escenas clásicas de la infancia, el pequeño Ernesto aprendiendo a andar en bici o intentando montar a lomos de un gran perro que se niega a ser caballo. Pero el muchachito sigue enclenque. Su asma no disminuye, muy al contrario. Los médicos están de acuerdo en reconocer que pocas veces han visto un caso tan serio. Recomiendan un cambio de clima radical.

“Un buen día nos decidimos y cortamos amarras.”¹⁸ Destino: Alta Gracia, población turística cercana a Córdoba, vieja ciudad colonial a ochocientos kilómetros de Buenos Aires, en el centro del país. Aire límpido, clima seco y cálido de media montaña, sierras hospitalarias que no sobrepasan los dos mil ochocientos metros, algunas instalaciones hoteleras propicias a las curas de reposo para afecciones respiratorias, ése es el panorama en 1933.

Para los Guevara, abandonar Buenos Aires supone algo más que un simple cambio de clima. Es un verdadero sacrificio. Un exilio. Sin relación alguna con el entusiasmo aventurero de los primeros días de su vida conyugal, cuando iban en busca de fortuna plantando yerba mate en el país guaraní. Luego, tres años de reencuentros con Buenos Aires lograron que Ernesto y Celia recuperaran los amigos, la red de la gran ciudad cuyos códigos y usos conocían como distinguidos porteños que eran.

Una familia patricia

La pareja procede del mismo medio social de las familias “tradicionales” de Argentina, una aristocracia legitimada por la historia más aún que por la fortuna. En un país de inmigración reciente como es Argentina, el padre, Guevara Lynch, podía reivindicar diez generaciones instaladas en aquellas riberas desde la época de la colonia española. Celia de la Serna de la Llosa, la madre, siete generaciones no menos ilustres.

Años más tarde, en 1964, una tal María Rosario de Guevara que vivía en Casablanca, Marruecos, preguntó al comandante Che Guevara por sus orígenes, imaginando un posible parentesco. La respuesta, que no carece de humor ni de altruismo social, fue bastante aproximativa, históricamente hablando, pues Ernesto estaba lejos de ser el “primer hombre” sin pasado ni posteridad, tal como lo entiende Albert Camus al evocar su infancia de hijo de pobre. Pero no sentía por ello vanidad alguna, y tendía incluso a ocultar la vertiente “aristocrática” de sus orígenes.

Compañera –le responde Ernesto Guevara a su homónima–, de verdad que no sé bien de qué parte de España es mi familia. Naturalmente hace mucho que salieron de allí mis antepasados con una mano atrás y otra delante; y si yo no las conservo así, es por lo incómodo de la posición. No creo que seamos parientes muy cercanos, pero si usted es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, somos compañeros, que es más importante.¹⁹

De hecho, los antepasados de Ernesto Guevara de la Serna no procedían todos de España, y menos aún eran menesterosos hasta la desnudez, como lo sugiere la expresión “con una mano delante y otra detrás”. Su historia, por el contrario, es una verdadera saga llena de ruido y furia, de grandes viajes y familias numerosas, que vale la pena evocar para situar mejor el itinerario del niño prodigio.

Por el lado del padre la dinastía Lynch se remonta, por lo que sabemos,²⁰ al señor de Normandía Hugo de Lynch que, en 1066, mandó la caballería en la batalla de Hastings a las órdenes de Guillermo el Conquistador, futuro rey de Inglaterra. Sus descendientes se apoderaron de Irlanda, donde permanecieron varios siglos y combatieron junto a Ricardo Corazón de León en la tercera cruzada. En 1493, el caballero James de Lynch llamó la atención por un sentido de la justicia digno de Agamenón: condenó a muerte a Walter, su hijo preferido. Después de las guerras de religión de Inglaterra, en las que los Lynch se colocaron del lado de los ultra católicos y del Papa, algunos volvieron a Normandía, otros fueron a España o a América del Norte. En Virginia, el señor Charles Lynch, plantador y hombre de leyes, se hará tristemente célebre dando involuntariamente su nombre al linchamiento. Como luego lo hiciera el señor Guillotin con la guillotina, “para abreviar los sufrimientos del condenado”.

A comienzos del siglo XVIII el capitán Patrick Lynch of Lydicam, nativo de Galway, Irlanda, tuvo la genial idea de embarcarse hacia el Río de la Plata, llevando como equipaje un buen cofre de monedas de oro. Arraigó allí. Su famoso hijo Justo fue administrador de la Aduana real. Tan buen gestor de los denarios de la corona española resultó que, pese a su declarada fidelidad al rey, fue confirmado en sus funciones en 1810, tras el cabildo abierto que inició el proceso de independencia de la colonia. Patricio Lynch, hijo de Justo, restableció la “y” del apellido. Fue uno de los hombres más ricos de América del Sur, propietario de inmensas extensiones en la pampa, confiscadas durante cierto tiempo por el dictador Juan Manuel de Rosas, pero recuperadas luego. Llegó casi a centenario y tuvo nueve hijos, entre ellos Francisco, el menor.

Éste, antes que dejarse reclutar por la fuerza en el sanguinario ejército del “tirano” Rosas, prefirió probar suerte en California. Huyó hacia la otra orilla del Río de la Plata, a Montevideo; fue luego a Chile navegando por el cabo de Hornos; pasó por Perú, donde contrajo el cólera; luego por Ecuador, donde enfermó de

varicela, y llegó por fin a San Francisco, donde haría fortuna. Treinta años más tarde regresó a Argentina, con mujer e hijos. Entre ellos Ana Isabel, que fue la adorada abuela de Ernestito. Personaje de gran colorido, recalcitrante atea en un tiempo en que se necesitaba valor para ello.

Tuvo doce hijos de su feliz unión con el geógrafo Roberto Guevara, descendiente a su vez de un vigoroso linaje de españoles instalados en aquellos parajes desde el siglo XVI. Nueve generaciones de auténticos criollos.

En su confortable estancia de Portela, cerca de Buenos Aires, Ana Isabel acunó con el fabuloso relato de su juventud californiana la infancia del enclenque muchachito que, de mayor y seguramente sin saberlo, repitió en sus grandes líneas el periplo del tatarabuelo. Antes de que la leyenda lo fijara, a su vez, en la imagen del “guerrillero heroico”.

Los ascendentes maternos de Ernestito, que se remontaban al siglo XVII, no eran menos honorables. Se cuenta entre ellos el militar Martín José de la Serna, que participó en una de las páginas célebres, si no gloriosas, de la historia argentina, “la conquista del desierto”, formidable empresa de “limpieza” de los indios de la pampa. A finales del siglo XIX, la invención de la alambrada de púas y las máquinas frigoríficas trastornó la economía nacional. Desde que se pudo racionalizar la ganadería seleccionando sus cruza y exportar la carne conservándola, el inmenso pasto pampero, “vértigo horizontal” sin valor real hasta entonces, adquirió una importancia que era conveniente proteger de cualquier incursión. De ahí que, en 1879, se decidiera acabar con el “problema indio”. Un ejército bien provisto de fusiles Remington y de municiones recupera, hasta las fronteras de la Patagonia, 400.000 kilómetros cuadrados de buena pampa sin explotar hasta entonces. Aquel nuevo territorio, del tamaño de Italia y Grecia juntas, fue distribuido entre los militares y los estancieros.

Juan Martín de la Serna, el hijo del militar, fue un poderoso terrateniente, dueño de varias estancias. Fundó, a pocas leguas de la capital, la ciudad de Avellaneda, que hoy es un enorme arrabal industrial y popular absorbido por la megalópolis. Su mujer, Albertina Ugalde, antes de morir víctima de la epidemia de fiebre amarilla de 1871 le dio un hijo, Juan Martín, que será el abuelo de Ernestito. Individuo brillante, profesor de derecho en la Universidad de Buenos Aires a los diecinueve años, diputado, embajador en Alemania, fue uno de los militantes del joven Partido Radical que luchó contra el poder del capital inglés en Argentina. Celia, la última de sus siete hijos, no llegó a conocerlo pues murió poco después de que ella naciera; fue la más resuelta heredera de sus ideas vanguardistas.